



**LA CASA DUCAL SOBERANA DE PARMA
Y SU RELACIÓN CON LA ORDEN DE CABALLERÍA
DEL SANTO SEPULCRO DE JERUSALÉN**

Por JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE
Caballero de la Orden de Caballería
del Santo Sepulcro de Jerusalén

I. ANTECEDENTES A MODO DE INTRODUCCIÓN

Si se quiere profundizar, sin riesgo a error alguno, sobre lo que fue la Casa Farnèse, para nosotros, Farnesio, linaje noble italiano, es imprescindible recurrir a la magna obra del más destacado genealogista de todos los tiempos en España, don Luis de Salazar y Castro, Comendador en la Orden de Calatrava y Procurador general de la misma, del Consejo de Su Majestad en el Real de las Ordenes y su Cronista Mayor de Castilla y de las Indias.

Este autor, como quiera que nuestro primer Borbón, Rey Felipe V de España, había enviudado de su primera esposa Luisa Gabriela de Saboya, matrimonió en segundas nupcias con Doña Isabel Farnèse, hermana de los dos últimos Duques reinantes de esa Casa en los Ducados de Parma y Plasencia, que fallecieron ambos sin dejar descendencia, por lo que recayeron en ella todos los derechos hereditarios de su Casa, ya que era hija de otro hermano de estos Duques, premuerto, de menos edad que ellos.



No deja de ser curiosa la vida de esta Reina, que a no ser por las gestiones del entonces abate Alberoni, nunca hubiera pensado en sentarse junto al Rey de España, como consorte, en el solio soberano hispánico. La buena señora debía de ser de armas tomar pues nada más que entrar en España, y antes de haberse reunido con su marido, pues ya lo era, ya que se habían casado por medio de los representantes designados, a la que hasta entonces había sido omnipotente servidora del Rey su marido, por imposición del abuelo de éste Luis XIV, Princesa de los Ursinos, fingiendo un profundo enojo, con el primer pretexto que le vino a mano, con la Princesa y llamó a la guardia para que, sin darle tiempo prácticamente a hacer el equipaje la pusieran fuera de la frontera española.

Pero dejo continuar esa parte de la narración, a la que volveré más adelante.

* * *

Dada la finalidad de este trabajo, cuál es la de resaltar la relación de los Duques de Parma con la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén, poco o nada tengo que decir de los Duques Farnèse, ya que, poseyendo yo un ejemplar del libro de oro de la Orden donde aparecen todos los miembros que a ella han pertenecido, de esta familia no figura ninguno; no así de los Duques Soberanos de Parma y Plasencia de la Casa de Borbón reinante en Parma que sí se honraron vistiendo el hábito de tan antigua Orden.

Es curioso constatar en ese libro de oro a que me he referido antes, los nombres que he encontrado.

Aparte de muchos italianos, de Parma, Módena, incluso Viareggio he localizado alguno natural de Utrera en la provincia de Sevilla y bastantes de la capital hispalense.

Así, espigando entre los centenares de caballeros que aparecen en dicha obra, puedo citar a Eustaquio de Bolonia, Conde de Bolonia, hermano primogénito de Godofredo de Bouillón.

Balduino de Flandes, hermano de los dos precedentes, y que fue Rey de Jerusalén bajo el nombre de Balduino I, año



1100 de nuestra era. Benito Rochio Cortella, resaltado caballero milanés que fundó en su ciudad la iglesia del Santo Sepulcro en memoria del éxito de la primera Cruzada, en 1124 encontramos a Domenico Micheli Dux de Venecia; en 1140 Ramón Berenguer IV, Conde de Barcelona y Príncipe de Aragón; en 1148 Luis VII de Francia; en 1202 los Condes de Champagne y de Chartres y, junto a otros muchos cruzados en este mismo año Bonifacio, Marqués de Monferratto y Enrique Marqués de Istria.

En 1211 Willebrando de Oldenburgo célebre por la redacción de la historia de su peregrinación.

Nos pasamos a 1217 donde con otros muchos se puede localizar a Luitoldo y Conrado de Altenberg; Burgrave de Salzburgo; Odón Vogl de Regensburg; en 1239 aparece la magnífica figura de Teobaldo I Rey de Navarra y Conde soberano de Champagne, gran guerrero y buen trovador. En 1248 San Luis IX Rey de Francia, jefe de la Séptima Cruzada; en 1270 Alfonso Conde de Poitier, Roberto Conde de Artois, Guido Conde de Flandes, Juan de Bretaña.

Al Rey de Navarra le acompañaban los caballeros de su reino de cuya relación hago gracia al lector, con excepción de uno por la coincidencia de su nombre y apellido con el eximio pintor sevillano: Don Diego Velázquez.

Don Jaime, Infante de Aragón, hijo del Rey Don Jaime I el conquistador.

Ya bajando a 1345 nos encontramos con la presencia entre los caballeros de la Orden de Waldemar III Rey de Dinamarca y de Eric de Sajonia, Duque de Sajonia-Sabenburgo.

En esta relación no puedo omitir la destacada figura del Marqués Nicolás III de Este, Señor de Parma, Reggio y Módena. A éste en la aventura caballeresca y religiosa, le acompañaron cinco cruzados, de gran relevancia nobiliaria y social: el Duque soberano de Austria, Ernesto de Hierro, con veinte compañeros y entre ellos el Conde Paul de Fortenstein, Rodolfo de Leichtenstein, Albrecht de Niepperg; el Rey de Dinamarca Erik IV de Pomerania, sir Jehan de Sanluis; sir Miguel de Lingue; el Duque Federico V de Austria conocido como «el pa-



cífico» que habría de ser Emperador; Thierry de Bronkhout señor de Gronsfelt, Luis D'Aucourt, Juan I el belicoso Duque de Cleves, sir Jacobo I futuro Conde de Horne...

El caballero español Pedro de Zárate Comisario general de la Orden del Santo Sepulcro, que se cruza en ella en 1558. Éste como he escrito en otro trabajo, vivificó a la Orden y procuró, en un capítulo celebrado en la Colegiata de Santa Catalina de Hochstraten de la diócesis de Cambrai que se eligiera, como así se hizo, Gran Maestre de la Orden Jerosilimitana al Rey español Felipe II. En 1561 Alberto, Conde de Lowenstein, Simón Viviani de Venecia; Pedro de Santa María natural de Briviesca, en 1562, entre otros, Antonio Bonacursio natural de Lucca, 1570 Carlos Magio noble de Venecia, en 1582 aparece junto a un Barón polaco, un noble caballero milanés; en 1590 Francisco Guerrero, de Sevilla (España), en 1601 Jacobo Graciani de Lucca; en 1602 Juan Bougiononne de Parma; en 1605 Pedro González Gallardo de Sevilla (España), en 1612 Pedro de Valderrama, español de Utrera, en 1618 Alfonso Ximénez Bohorques, de Utrera provincia de Sevilla, en 1674 Cornelio Magni, patricio de Parma, en 1712 José Alzeseza, de Sevilla; en 1720 Francisco José de Olazábal de Sevilla; en 1780 Juan Csatt Taragalla, de Damasco, vecino de Sevilla; 1808 Domingo Badía Comisario general del ejército de España; en 1845 Carlos Luis de Borbón, Infante de España, Duque de Lucca, Gran Cruz de la Orden, Fernando José María Carlos Victorio Baltasar de Borbón, Príncipe heredero de Lucca que sería Infante de España y entró en la Orden como Gran Cruz. En 1857 Napoleón Gómez y Paloma, Marqués de Oliveira, de Nápoles; Ramón Urrutia de Sevilla, Jerónimo Pagés, canónigo de Sevilla, José Lamarque de Novoa, Cónsul de San Salvador de Sevilla, en 1864 César Dodici Schizzi, Conde de Dodici de Parma, Francisco de Este, Duque de Módena, en 1865 Antonio de Palacios Fernández de Navia, de Sevilla, en 1873 Roberto I de Borbón, Duque de Parma y de Plasencia, Infante de España, Gran Cruz; Bartolomé Gómez Bello, de Sevilla; en 1896 Blas de Jesús Oliva Palomino, presbítero de Sevilla, en 1900 Fulco Dodici Schizi Cesi de Parma, Conde, comendador; en 1901



Francisco Naselli de los Duques de Gela, de Palermo, Comendador; en 1903 José Díaz Molero Fernández Salazar, de Sevilla, Comendador; en 1904 Fernando de Borbón Borbón, Duque de Calabria, Gran Cruz, Mariano García Franco, Prior de la Iglesia Colegiata del Santo Sepulcro de Calatayud, Comendador.

Otro español que alcanzó mucha celebridad fue el que ya he aludido y que se autodenominó para hacerse pasar por musulmán, Alí Bei, cuyo nombre fue Don Domingo Badía, hombre inquieto y profundamente estudioso, que logró que lo tomaran por musulmán, comenzando por hacer que un cirujano antes de partir para su famoso viaje, le practicase la fimosis, y se familiarizó profundamente con la lengua musulímica que llegó a hablar a la perfección. Hasta tal extremo fue esto así que consiguió al conocer en Oriente al célebre escritor francés Vizconde de Chateaubriand, a quien trató bastante sin que el francés sospechara nada de la verdadera identidad de él.

Son tantos los que integran la relación de caballeros que figura en el libro de oro de la Orden, el cual era el que llevaba el padre guardián del convento franciscano del Santo Sepulcro, que la transcripción total haría interminable este trabajo.

El trabajo a este respecto, tan meritorio, de Don Carlos Odriozola y Grimaud, en cuanto a los caballeros, lo da por terminado con los ingresados en 1905. Pero no se conforma con ello el autor sino que agrega a continuación la relación de damas del Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo que habían entrado en la Orden acogiéndose al Breve de Su Santidad León XIII de 5 de agosto de 1888, primera ocasión en que las damas tuvieron acceso a la Orden.

Retomando el trabajo por donde iba, antes de este breve excursus, destaco que, al parecer en esta actitud negativa, para con la Princesa de los Ursinos había tenido su parte de responsabilidad el clérigo Alberoni, natural del Ducado de Parma, y más concretamente de Fiorenzuolo, arrabal de Plasencia, que había prevenido a su Princesa sobre la corte española y la había llenado de prejuicios, tal vez con razón, contra la citada noble francesa, Princesa de los Ursinos. Lo cierto es que cuan-



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

do el Rey vino en conocimiento de lo que había ocurrido, como quiera que en aquel momento no le preocupaba ni poco ni mucho lo que sucediese con la Princesa, si no lo que deseaba y ardorosamente, era consumir su matrimonio, mediante la oportuna cópula, despidió a todo el mundo y se quedó en la cámara nupcial de la que salió encantado de las gracias y dones que adornaban a su nueva esposa.

Esta formó un dúo con Alberoni al que fue haciendo cada vez más bienquisto por el Rey, que le fue alzando poco a poco con distintos cargos.

Sin embargo hay que decir ya del futuro Cardenal que nunca permitió renunciar a su nacionalidad parmesana y que, al mismo tiempo, permaneció fiel a España y a sus intereses y a los Reyes que lo estaban encumbrando.

No deja de ser curiosa la vida de Julio Alberoni.

Sus primeros pasos fueron de acólitos en una parroquia plasentina donde el párroco al darse cuenta de la gran inteligencia de aquel niño, se dedicó a enseñarle. Fue después un prelado el que se ocupó de él y muy joven comenzó su «*cursus honorum*».

Ordenado in sacris recorrió buena parte de Europa al servicio del aludido Obispo, para pasar luego al servicio del General en jefe del ejército francés, Duque de Vendome.

Entre tanto el jovencísimo abate, a base de esfuerzos aprendió perfectamente a hablar el francés. Se le hizo imprescindible su compañía incluso como traductor al mariscal de Francia y también como habilísimo cocinero cuando daba un banquete, ya que Alberoni había adquirido una gran habilidad culinaria.

Era simpático, ocurrente, inteligentísimo.

Sus maneras eran suaves y elegantes, lo que contrastaba con la rudeza del General francés.

Vuelto a su Parma natal, fue cuando se puso a disposición de la Princesa que había de ser Reina de España y de acuerdo con ella, marchó a nuestra nación, para urdir la trama que había de acabar en la coyunda del Rey Felipe y su segunda esposa.



Entre todos los que intervinieron en el manejo matrimonial le hicieron ver al primer Borbón español que la Princesa era una mujer de carácter humilde, sumisa, físicamente atractiva, y que podía serle muy conveniente a Don Felipe. Con excepción del atractivo físico que pudiera tener, nada más incierto que todo lo demás. Pero ella y aconsejada siempre por su clérigo, supo ir dando los pasos necesarios para ir ganándose la buena voluntad del Rey al que acabó manejando totalmente a su placer, deseos y caprichos.

Don Felipe, llegaba a este matrimonio teniendo ya dos vástagos como eran el Príncipe de Asturias, Don Luis, y su hermano el Infante Don Fernando. Ambos habrían de reinar pero Don Luis sólo lo hizo por unos meses pues murió por un ataque de viruela.

Tras la muerte de Don Luis I, la corona volvió a su padre Don Felipe, que reinó todavía en su segunda etapa, un buen tiempo, hasta que falleció y se le enterró en la Colegiata de la Granja en la provincia de Segovia, que él había mandado levantar y donde había previsto enterramiento para él y su segunda esposa. Ello determinó el principio del magnífico Rey Fernando VI, uno de los mejores monarcas que ha tenido España, todo bondad y cariño para sus súbditos y preocupación para sus hermanastros a los que procuró darles un buen «apanage» que se diría en Francia, pues al Infante Don Carlos, que no goza de mis simpatías, le obtuvo la soberanía en el Ducado de Parma que realmente le correspondía al renunciar en él su madre a sus derechos hereditarios, pero donde rigió los destinos de este pequeño estado por breve tiempo, pues pronto se pudo hacer del reino de Nápoles, pero su recuerdo en Parma no es en absoluto grato, pues aparte de llevarse para Nápoles el maravilloso archivo Farnesiano uno de los mejores del mundo y que pertenecía al Ducado de Parma, trasladó a su nuevo reino obras de arte importantísimas y hasta los peldaños de mármol de las escaleras de los palacios ducales, como pueden ser el de Sala o el de Colorno.

El archivo, más adelante, un Duque lo reclamó a Nápoles y consiguió recuperar una buena parte, pero también otra no despreciable la siguieron reteniendo en el reino indicado.



Algún tiempo después de este breve y fugaz paso del Infante Don Carlos por Parma, se logra que las potencias accedan a que el nuevo Duque parmesano sea el hermano de doble vínculo del Infante Don Carlos, Infante Don Felipe, a quien, en verdad, en derecho, correspondía la sucesión.

Otro hijo de este matrimonio fue el bondadoso Infante Don Luis que estuvo designado Arzobispo de Sevilla y de Toledo concediéndole incluso el capelo Su Santidad el Papa.

Pero en realidad nunca llegó a ser ordenado de Ordenes mayores ni, consecuentemente, consagrado Obispo. Eso le valió y mucho para poder renunciar a todo y contraer matrimonio. Había reunido un gran capital con las rentas de ambas diócesis que le habían pertenecido y fue un magnífico consejero de su hermano el Rey Don Fernando VI y posteriormente de su hermano Carlos III de España que, sin embargo olvidando sus buenos oficios, lo extrañó de la corte lo que para Don Luis fue lo mejor que le pudo hacer su hermano pues como el motivo del disgusto consistía en que Don Luis se había decantado por casarse con una jovencita de la nobleza media aragonesa, el Rey, ya viudo, se dice que envidioso de lo que su hermano iba a conseguir, dictó la pragmática sanción con la que privaba de títulos y honores a los que casaban en esas circunstancias con personas desiguales, razón por la cual en España, se llaman matrimonios desiguales y no morganáticos a este tipo de enlaces.

Don Luis, como además se le ordenaba vivir a determinada distancia de la corte, se construyó dos palacios, uno de ellos en Navalmoral de la Mata y el otro en Boadilla del Monte, algo más próximo a la capital, aunque respetando la distancia impuesta por su hermano, y allí vivió, feliz su vida, y se formó una especie de segunda corte, pues los mejores músicos del momento, los más logrados compositores, la flor y nata de los literatos de la época, y gran parte de la buena sociedad, iban con frecuencia a visitar al Infante que con sus cabalgadas, carcerías, y la atención de estos cortesanos, vivía ya sin las preocupaciones cortesanas, de las que se había liberado. El hubiera podido decir con el poeta clásico aquello de que *«las esperanzas cortesanas prisiones son do el ambicioso muere...»*



Tuvo diversos hijos y uno de ellos sí llegó a ocupar las sedes episcopales que su padre había dejado. Fue el Arzobispo toledano que al ir a recibir a su primo Fernando VII a la vuelta del destierro de Valençay, se acercó con los demás grandes y prelados a saludar respetuosamente al Monarca y cuando le llegó su turno Fernando VII, que tan repugnante conducta había tenido. Y alargó su mano a su pariente diciéndole secamente: «*besa*».

II. EL INFANTE DON CARLOS, HEREDERO DE LOS DERECHOS DE LA CASA FARNÈSE, POR SU MADRE

Realmente, el paso de nuestro Carlos III por el Ducado de Parma, fue fugaz y funesto para ese pequeño Estado. Actuó como ave de rapiña considerando que todo aquello de valor que existía en él, era propiedad particular suya y hasta la misma Orden Constantiniana de San Jorge la trasladó a su sede al Reino de Nápoles cuando marchó a gobernar como Rey este otro estado.

Yo pudiera estar de acuerdo si como él consideraba que la Orden no era parmesana, sino exclusivamente farnesiana y él, muertos todos los miembros varones de la casa pasaba a ser el primogénito por cesión de los derechos de su madre, hubiera pensado que en ese caso la Orden tenía que seguir a donde quiera que el Infante fuera. Pero sin embargo, cuando se marchó de Nápoles para reinar en España, no pensó, ni mucho menos, en llevarse también a esta nación la sede de la Orden Constantiniana. Allí la dejó para un hijo de él, que no era el primogénito, pues este quedaba reservado para nuestra patria, y que era el que había de sucederle en el trono italiano. Con ello despojó a su hermano el Infante Don Felipe de lo que legítimamente le correspondía.

Pasado el tiempo, el Duque de Parma e Infante de España, Don Fernando, reclamó a su primo de Nápoles todos los fondos del archivo farnesiano que se llevó a Nápoles el entonces Infante Don Carlos. No consiguió la devolución total pero sí



pasó a Parma una parte mayor que la que quedaba en Nápoles.

En Nápoles, todos esos fondos documentales farnesianos, los habían arrinconado e incluso olvidado totalmente, de tal manera que el célebre investigador histórico, aunque francés, pero que había adoptado la nacionalidad belga, Gachard, teniendo noticias de que allí en el reino napolitano quedaban restos del archivo de la Casa Farnèse, preguntó y le dijeron que no había noticia alguna de ello. Entonces, se le dio permiso y se puso a investigar y los descubrió en el rincón secundario en el que estaban depositados. Se encontró que era un fondo documental valiosísimo que desde entonces pasó a ocupar un lugar digno y que quedara al acceso de los investigadores.

Yo aconsejo a quienes estén interesados por estos temas que superficialmente se han tratado, dos obras de poco grosor pero muy densas en su contenido. Una de ellas es «*El Cardenal Alberoni*» de la que es autor el ilustre colaborador de esta revista, Marqués Francesco M. Taliani de Marchio. Al menos con la lectura de este opúsculo, he disfrutado mucho y además me ha hecho cambiar el criterio tan negativo que los españoles tenemos sobre el eminentísimo Cardenal Alberoni. Fue editada esta biografía por la Universidad de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, en 1953.

La otra, se titula, «*La correspondencia diplomática entre los Duques de Parma y sus agentes o embajadores en la Corte de Madrid*». Siglos XVI, XVII y XVIII. Su autor Don Ciriaco Pérez Bustamante, editada en tipografía de archivos Olózaga, 1, 1934.

Aquí se estudian los archivos farnesianos de Nápoles con toda minuciosidad y se da cuenta de cómo con la muerte de Antonio Farnèse, el 20 de enero de 1731, se extinguía con él la línea masculina de los Duques de Parma. Lo que hizo que pasara el derecho hereditario al ducado a la que había de ser Reina consorte de España, Isabel. Su hijo el Infante Don Carlos, del que ya he escrito y dado cuenta, fue proclamado sucesor en el ducado el 29 de diciembre de 1731 y entró en Parma a tomar posesión de su herencia en octubre del año siguiente.



Nos dice este autor en la obra que he mencionado como habiendo logrado el que había de ser Carlos III de España el Reino de Nápoles hizo que fuesen trasladados a su nueva capital los objetos de arte y la mayor parte de los archivos que se guardaban en los palacios ducales de Parma, tales como el de Colorno y el de Salas hasta que, como he resaltado anteriormente el hijo del Infante Don Felipe, Duque de Parma, su sucesor el Infante Don Fernando, solicitó de su primo de Nápoles la restitución de los archivos trasladados por orden del que había de ser Carlos III en España.

Conseguida la devolución de gran parte del archivo farne-siano, como antes he resaltado, en 1878 Gachard logra localizar lo que ha quedado en el reino napolitano y consigue que sea trasladado *Al Grande Archivio di Stato* situado en un antiguo convento de San Severino de los Monjes de Montecassino.

III. ALGO SOBRE LA CASA FERNESIO: EL PAPA PAULO III

Los orígenes de la Casa Farnèse son algo oscuros, pues mientras unos autores los hacen descender de una casa noble alemana, otros de una francesa y finalmente los que han defendido siempre su naturaleza italiana con los que yo me encuentro más acorde.

Fue siempre familia noble pero poco resaltada y que ejerció la conducta.

Sólo cuando llega el Cardenal Alejandro Farnèse al sumo pontificado, con el nombre de Paulo III, esta estirpe cobra realce e importancia.

El Papa Paulo III, antes de recibir las órdenes sagradas tuvo dos hijos, un varón, Pier Luigi, a favor del cual creó el Ducado de Parma y Plasencia y una hija.

A Pier Luigi Farnèse Duque de Parma, al morir asesinado, muy pocos años después de su elevación al solio soberano ducal le sucedió su hijo Octavio que había celebrado coyunda canónica con una hija natural de nuestro Rey Carlos I, V como



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico: Margarita de Austria.

El predilecto del Papa era su otro nieto, Alejandro Farnèse, al que concedió diversas prebendas eclesiásticas, hasta terminar elevándolo a la Sagrada Púrpura cardenalicia.

El palacio Farnèse de Roma se debe a este Alejandro Farnèse que costeó su fábrica que aún subsiste y que está convertido en un riquísimo museo.

Al hermano de éste, que había de ser Cardenal, Alejandro Farnèse, o sea a Octavio, le otorgó su abuelo el insignificante Ducado de Camerino. Después, como queda dicho, adquirió el trono soberano del Ducado de Parma y Plasencia por fallecimiento de su padre y estar, su hermano mayor, dedicado a clérigo.

Octavio se vinculó mucho a la Casa Real de España, de tal manera que su cuñado Felipe II recuperó para él el Ducado de Plasencia y el Duque parmesano con toda fidelidad le sirvió en muchas empresas bélicas.

Hijo de Octavio fue el miembro más resaltado de la Casa Farnèse, gloria de Parma y de las armas españolas: Alejandro Farnèse, Duque soberano de Parma y Plasencia. La verdad es que consagró su vida al servicio de España y de su tío Don Juan de Austria, que curiosamente tenía menos edad que el sobrino. Fueron inseparables, amigos y compañeros de armas y no hubo campaña emprendida por Don Juan en la que no contase con su sobrino Alejandro. Tal era su confianza en éste que cuando Don Juan comprendió que su vida se apagaba, durante la época de su gobierno en Flandes, recibidos ya los últimos sacramentos, resignó sus mandos y cargos de Gobernador general y Capitán general de los tercios en el Príncipe de Parma, para que mientras su hermano el Rey proveía a ellos, interinamente estuviera ejerciendo esos supremos mandos. Al fallecimiento del ilustre caudillo, su sobrino Alejandro, Príncipe de Parma, organizó solemnes exequias y le dio digno enterramiento en la catedral de Namur al lado del Evangelio, haciendo constar debajo del sepulcro una inscripción sumamente laudatoria y que demuestra el afecto que el Príncipe parmesano le tenía a su tío.



IV. LOS ÚLTIMOS DUQUES FARNESE. ASCENSO A REINA CONSORTE DE ESPAÑA DE LA HERMANA DE AQUELLOS, ISABEL

Tras el fallecimiento del Duque Alejandro Farnèse, le sucede su hijo Ranucio en la titularidad ducal de Parma y se mantiene de forma sucesiva el gobierno de la familia hasta llegar a los dos últimos miembros varones de la casa, los Duques Francesco Farnèse que fallece sin hijos y al que sucede el Duque Antonio a quien le ocurre otro tanto. En consecuencia la única heredera de la estirpe farnesiana era una sobrina llamada Isabel Farnèse que gracias a los manejos de un abate, natural de Plasencia, ciudad integrada en el ducado, consigue que el Rey Felipe V de España, primer Borbón reinante de nuestra historia, que había quedado viudo de la Reina María Luisa Gabriela de Saboya, se decida a contraer matrimonio con la Princesa Farnèse, lo cual se hizo con relativa celeridad.

La salida de la Princesa parmesana del territorio ducal, fue un acontecimiento de relieve extraordinario. Sus tíos, el Duque reinante Francisco y el entonces Príncipe Antonio, la acompañaron con lucida comitiva militar y civil, el Duque Francesco hasta un determinado lugar en el cual se retiró y siguió, presidiendo el acompañamiento el que había de sucederle el orondo Duque Antonio.

Llegaron hasta el punto en que esperaba ya la comitiva española preparada al efecto, que se recibió en la custodia y encargo de traslado de la Princesa, retirándose el cortejo parmesano. El abate Alberoni, sin embargo, siguió y ya, por mucho tiempo, no se separó de su señora y Princesa. Entraron en el Reino de España.

Continuado el viaje y tras una breve estancia de descanso en Pamplona, llegaron a la provincia de Guadalajara.

Y es en esta ciudad donde la nueva Reina que había matrimoniado por poder, se encuentra, ¡al fin!, con su esposo el Rey Felipe, que estaba impaciente de recibirla para sus íntimos desahogos.

Antes, en Jadraque, a donde se había adelantado la Princesa de los Ursinos con el pretexto de darle la bienvenida, pero, más



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

bien para comenzar a someterla a sus dictados y férreo gobierno fue recibida ésta por doña Isabel Farnèse, ya Reina de España, y advertida por el abate Alberoni, aprovechó la primera oportunidad para, a voces limpias, demostrarle a la de los Ursinos quién era la que tenía que mandar; llamar a la guardia, y ordenar que sin espera de ninguna clase, con una escolta, más que de protección, de vigilancia, ordenar que inmediatamente saliera de España la Princesa y se la situara en la frontera española con Francia.

Así, Alberoni se quedó de única persona de confianza cerca de los monarcas y pisando ya terreno firme, comenzó su carrera ascendente meteórica.

V. EXTINCIÓN DE LA LÍNEA VARONIL DE LOS FARNESE DEBATIDA SUCESIÓN DEL INFANTE DON CARLOS

La Reina precedente, María Luisa Gabriela de Saboya, le había dado a Felipe V dos hijos varones. El Príncipe de Asturias Don Luis, y el Infante Don Fernando. La Princesa farnesiana no se quedó atrás en cuanto a ser prolífica. Nacieron refiriéndome sólo a los varones, el Infante Don Carlos, el Infante Don Felipe, y el Infante Don Luis, aparte, varias Infantas reales.

Cuando sobrevino el fallecimiento del Duque Antonio, que había sucedido a su hermano el Duque Francisco, hubo un compás de espera pues el Duque Antonio que falleció de indigestión, el día antes de su fallecimiento había otorgado testamento instituyendo como heredero «el vientre preñado» de la serenísima Duquesa su esposa.

En fin, esto viene a acreditar cómo de ilusión también se vive. La Duquesa viuda continuó con su convicción de que estaba embarazada. Las potencias europeas se preocupaban por el nacimiento del heredero presunto del ducado pero cuando habían transcurrido ocho meses del notificado pretendido embarazo, comenzaron a sospechar de que éste realmente existiera. Forzaron para que dos matronas vieran a la Duquesa viuda y éstas dictaminaron que la Duquesa ni estaba embarazada ni lo había estado nunca.



Esto ya desató la preocupación en Europa sobre la sucesión en el ducado. En puridad, no había duda de que la legítima heredera de todo el patrimonio farnesiano era la Reina de España, pero aún así se tardó en aceptar que el hijo mayor de la soberana, o sea, el Infante Carlos, accediera como Duque al trono que le correspondía por su madre que renunciaba en él sus derechos y marchó ya a Italia a tomar posesión del solio soberano.

No fue muy beneficioso para Parma el ejercicio de la soberanía por Don Carlos. Reinó allí poco tiempo y al cabo de unos cuatro años, consiguió el trono de Nápoles, para donde marchó a tomar posesión, no sin antes desvalijar en su beneficio, joyas, documentos, de suma importancia del riquísimo archivo farnesiano, que trasladó prácticamente en su totalidad a su nuevo reino, los mármoles de las escaleras y de las dependencias de los palacios de Salas y de Colorno, esculturas, cuadros y al igual de la magnífica biblioteca de los Duques.

Tras ello ya instalado Don Carlos, como Rey en Nápoles, se tardó varios años en proveer a la titularidad del Ducado, que al fin consiguió Isabel Farnèse que con toda razón pensaba que aquello le correspondía a sus hijos, a través de ella, que el Ducado de Parma y Plasencia pasara a su hijo Felipe que era quien seguía, genealógicamente, a su hermano Carlos, ya Rey en Nápoles.

El Infante Don Carlos fue soberano de Parma con el ordinal de Carlos I mientras que cuando llegara a Rey de España en 1759 sería Carlos III.

Su hermano Don Felipe I, asciende al trono de Parma pasado algún tiempo.

VI. SEGUNDO REINADO DE FELIPE V

El comienzo del reinado del hasta entonces Duque de Anjou, viene a coincidir con el comienzo del siglo XVIII.

Muerto ya el Príncipe heredero, que había reinado unos meses bajo la denominación de Luis I, se había producido un extraño fenómeno jurídico pues la corona volvió a las sienes de Felipe V, que inicia así su segundo reinado.



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

Los Reyes acuerdan, parece ser que por consejo médico o por ingerencia imperiosa de la Reina cuyo carácter era muy fuerte y dominaba totalmente a su marido, hacer un viaje a Sevilla, para procurar que la perenne melancolía del Rey se disipara o, al menos, mejorara.

Se pone por obra el traslado, si bien provisional, que se lleva a efecto, arribando todo el cortejo —Reyes, Príncipes de Asturias (Infante Don Fernando y su esposa Doña Bárbara de Braganza, y restantes miembros de la familia real entre los que me interesa resaltar la figura del Infante Don Felipe, próximo ya a ser reconocido como Duque Soberano de Parma), a la capital hispalense el día 3 de febrero de 1729, haciendo su entrada a las cinco de la tarde.

La recepción fue fastuosa y Sevilla vibró de gozo con la presencia de su soberano ya que esta capital desde un principio y durante toda la guerra de Sucesión había sido adicta y adepta a la causa del Príncipe francés y nunca transigió en reconocer como Rey al Archiduque Carlos. Desde esta fecha hasta mayo de 1733 fue la capital sevillana sede de la corte del monarca lo que contribuyó mucho a un gran florecimiento de la capital que estoy comentando.

Al mes siguiente de la llegada de los soberanos, ya consta documentalmente la mejoría de la salud del Rey y que éste está muy a su placer y gusto en la ciudad.

Acostumbra, para su solaz, aparte de otras actividades, efectuar frecuentes paseos en unión de su familia por el río Guadalquivir, para lo cual la ciudad hispalense, había costea-do una magnífica falúa desde la que se contemplaba la espléndida panorámica de la ciudad vista desde el río.

Es resaltable que compareció en Sevilla, para regalar con sus composiciones musicales a los augustos personajes, el tan célebre compositor Doménico Scarlatti. No se puede precisar el tiempo que estuvo en Sevilla, si bien luego, sí consta que marchó a Madrid.

El tenor castrado, Carlos Broschi «Farinelli», se asentó en la corte de Felipe V y de su sucesor Fernando VI, adquiriendo una gran influencia en lo social e incluso en lo político, y sien-



do honrado con un hábito de la Orden de Calatrava por concepción regia.

Al Infante Don Felipe, para que distrajera sus ocios, le asignaron un consumado maestro del clavicordio cuyo instrumento lo usaba para ejecutar, magistralmente, piezas musicales de buena factura para recrear al joven Príncipe. Cazalla de la Sierra se vio honrada no sólo por la visita sino por una prolongada estancia que se extendió desde el 13 de marzo de 1730 hasta el 23 de agosto de esta anualidad, lo que hizo así el Rey, acompañado de Isabel Farnèse, su esposa, para huir del rigor estival sevillano.

Durante la Semana Santa de 1729 el Rey conoció los desfiles procesionales sevillanos que le impresionaron considerablemente, pero la *Imagen de Jesús del Gran Poder, fue la que más le conmovió*. Por ello, el 6 de enero del año siguiente, asistió a la iglesia en la que radicaba la Hermandad que rendía culto a esta Imagen, y llevó a cabo el ritual de incorporarse a la corporación cofrade como hermano.

El Rey acudió a esta ceremonia en la plenitud del boato magnífico que exteriorizaba la corte borbónica española sólo en ocasiones muy particulares.

El monarca notificó a la cofradía su decisión, que, como puede pensar el amable lector, llenó de satisfacción a esta corporación penitencial; igualmente se comunicó a los dos cabildos, el civil y el eclesiástico, y, como queda dicho, el 6 de enero, festividad que celebra expresamente la Hermandad, se llevó a cabo la ceremonia, en que juró las reglas de la Hermandad y quedó incorporado a ella la católica majestad del Rey Felipe V.

La razón de ser el 6 de enero de 1730, el día de la principal fiesta de la cofradía es porque en esa fecha la iglesia celebra la Epifanía de Nuestro Señor Jesucristo y manifestación de su Gran Poder por lo que parecía el día, canónicamente, más indicado para que se reverenciara con toda magnificencia a la Bendita Imagen, porque precisamente se le designaba como Nuestro Padre Jesús del Gran Poder.

Habrán quienes piensen que esta decisión real fue influida e inspirada por el beato Fray Diego José de Cádiz, que tanto



amó al Señor bajo esa advocación y que divulgó por todos los lugares en que predicaba, lo que fue, prácticamente, en toda la geografía española, la devoción al Señor del Gran Poder. Pero se equivocan, porque esta incorporación del Rey a la cofradía, fue muchísimos años antes —unos catorce años— de que naciera el bendito varón gaditano.

Pocos hermanos de la cofradía tienen noticias de la incorporación por su propia iniciativa del primer Rey Borbón en España, antes Duque de Anjou en Francia. Todo ello es motivo para que nos sintamos orgullosos los sevillanos que de manera casi unánime veneramos a esta Sagrada Imagen, más que a ninguna otra, hasta el punto de que ya resulta tópico aclarar que cuando decimos o nos referimos al Señor, no hay que efectuar explicación alguna pues por todos se entiende que estamos aludiendo al de el Gran Poder, al que también muchos llaman como el Señor de Sevilla.

Destaco que en Sevilla sobresalía de forma eminente la devoción a la Santísima Virgen. Y eran dos advocaciones las que más se veneraban la que se profesaba a la Purísima Concepción y a la que se dedicaba a María como Divina Pastora de las almas. Esta última, se debía a un humilde padre capuchino a quien la capital hispalense le tiene dedicada una calle en su recuerdo: Fray Isidoro de Sevilla O.F.M. CAP.

Tal vez la devoción y el designio de Carlos III de nombrar patrona de España y sus dominios a la Inmaculada nació en estas jornadas sevillanas en el que vivió el fervor y la devoción que el pueblo tenía por la Santísima Virgen «sine labe concepta».

Las corporaciones cofradieras, recibieron, casi todas, por miembros, como hermanos a los integrantes de la Casa Real. El Rey fue nombrado hermano mayor de la Inmaculada. El Infante Don Felipe, fue recibido en numerosas corporaciones, ya penitenciales, ya de gloria y designado miembro de diversas juntas de gobierno. Y, sobre todo, por su padre, fue nombrado hermano mayor de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, que era otra hermandad de gloria puesta bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario.



Radicaba en el convento de Regina de los padres dominicos. Sobrevenida la esclaustración y desamortización, el convento de Regina dejó de existir, y los caballeros maestrantes se llevaron las verjas de su capilla que no son otras que las que figuran en la entrada principal del coso taurino hispalense.

VII. LA RUTA HACIA EL DUCADO

La gran ascensión de Alberoni hacia los altos puestos que sucesivamente ocupó, fue notable. Quizás ello correspondía a su lema, parece ser que plagiado del Cardenal Mazzarino «*tiempo y paciencia*» pues supo tener constancia y tenacidad. Ciertamente fue leal para con los Reyes de España que habían sido sus grandes valedores aunque de la Reina lo había sido él, que fue quien inclinó a Felipe V a elegirla como esposa; pero lo cierto es que si en muchos de los negocios de Estado se hubieran seguido sus sensatos consejos, los caminos hubieran ido por rutas más favorables a España. Sea como sea, el Rey de España le había otorgado un título condal. Ahora ya el Papa le nombra Cardenal y había obtenido del Rey los nombramientos de Obispo de Málaga, Arzobispo de Sevilla y Administrador Apostólico de Tarragona, cargos todos ellos con espléndida renta.

La animadversión de muchos hacia el Cardenal, en lo que intervino, fundamentalmente, por encargo de su señor el Duque de Parma, el Marqués Anníbale Scotti, sirvió para desviar del afecto hacia el purpurado primero a muchos españoles, después, incluso a los Reyes, por los que tanto había hecho, especialmente por la soberana.

Este traía como misión de convencer a la Reina de que se deshiciera cuanto antes del que calificaba «*peligroso consejero*». Cediendo Isabel Farnèse a estas presiones o convencida por estos argumentos, lo cierto es que el 15 de diciembre de 1718, estando ausentes de la corte los Reyes, el Cardenal Alberoni recibía por escrito la orden de abandonar el Reino español en término de diez días. El purpurado obedeció y salió de



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

España llevando en la mano el que hoy día conocemos como Kempis, o sea, el tan provechoso libro «la imitación de Cristo».

Tuvo que sufrir en el camino hasta un intento de asesinato en cuyo ataque le costó la vida a cuatro miembros del séquito de su eminencia y otros varios fueron heridos. Él, disfrazado, logró salvar la vida a caballo. Del Cardenal Alberoni se ha escrito y estimo que con razón, que fue «...uno de los talentos políticos más perspicaces» de toda Europa. Y, según un autor, refiriéndose al prelado, expresa que «después de releer las cartas de éste, aún hoy frescas y vivaces, ha encontrado en ellas al hombre tal y como había imaginado, sincero, cordial, decidido... en todo momento emanan sinceridad». Este hombre que había sido tan poderoso, en sus últimos tiempos, no quiso que se le hablara de volver a intervenir en política sino que no vivía sino para ejercer la caridad de Cristo, tan sólo quería, en toda ocasión, confirmar su devoción por España y por los soberanos de ésta, a pesar del comportamiento con que le habían tratado. La leyenda que circundaba su escudo escuetamente expresaba: «AUXILIUM A DOMINO».

VIII. EL INFANTE DON FELIPE. DUQUE DE PARMA, PLASENCIA Y GUASTALA. *Inicio de la dinastía hispano-parmesana «Borbón-Parma»*

Parma, en los años en que había de reinar en ella el serenísimo Infante de España Don Felipe de Borbón y Farnèse, era cabeza de un riente ducado situado en un hermoso territorio de prados, colinas y montañas entre el río Po y los Apeninos. Su economía se nutría, fundamentalmente de la agricultura. Los soberanos tenían en el recinto ducal diversos magníficos palacios, tales como el propiamente del Duque para su residencia en la capital, los de Colorno y de Sala.

Dice un autor que cuando Carlos se marchó definitivamente de Parma, dejó la que había sido su corte, totalmente despojada de joyas, tapicería, muebles, cuadros, libros y medallas de



antigua propiedad farnesiana. En suma el ingente patrimonio artístico y cultural del Ducado de Parma se lo apropió y nunca más volvió a recuperarse.

Perdió, entre otros tesoros, cuatrocientos valiosísimos cuadros y estatuas, trece mil no menos valiosos volúmenes de la biblioteca ducal y el documentadísimo archivo farnesiano. A los palacios se les despojó hasta de los clavos. Con todo acierto escribe el mismo autor que un saqueo llevado a cabo por la soldadesca borracha, hubiera causado menos daño. Parma, al marchar el Infante Don Carlos, fue ocupada por los austriacos, que permanecieron en ella catorce años. Pero ahí estaba la Reina Isabel Farnèse para preocuparse de que el antiguo ducado soberano de su familia revertera a ella y que fuese el nuevo Duque soberano su más pequeño y querido hijo el Infante Don Felipe.

Volvió la paz gracias al tratado de Aquisgrán y ahí quedó ya acordado que Don Felipe pasara a ocupar el trono de Parma y Plasencia y que además se le agregara, a estas posesiones, como así se hizo, un pequeño ducado vecino, el de Guastala, del que pasó a ser soberano, con una superficie territorial de poco más de diez kilómetros cuadrados y unos diez mil habitantes, lo que se pudo hacer porque su propia dinastía, la de los Gonzaga, se había extinguido hacía muy poco tiempo. Y de esta manera, en 1748 nacía oficialmente la casa Borbón-Parma, infantes españoles.

No iba desprovisto de prebendas el Infante Don Felipe cuando marchó a ocupar el ducado al que tenía legítimamente derecho, recibido de su madre, porque en España, cuando aún no tenía dos años —habiendo nacido en 1720— fue recibido por concesión paterna en la Orden de Santiago en la que obtuvo coetáneamente la titularidad de ricas encomiendas, con sus jugosas rentas, en Murcia, La Mancha y Badajoz.

Fue también designado gran Almirante de España y las Indias, cargo que se restableció, después de mucho tiempo sin haber estado en titularidad de persona alguna, para favorecer al Infante y mejorar su ya bien provista economía y en 1739 contrajo matrimonio con Luisa Isabel de Francia, que no tenía aún doce años. Era la hija predilecta del Rey galo Luis XV.



Además de las encomiendas con que había sido agraciado el Infante Don Felipe, el estado español le otorgó además, la pensión de novecientos mil reales anuales, si bien se le retiró el gran almirantazgo. Felipe cuando ciñó la corona ducal tenía 28 años y su menos que mediano territorio de soberanía era una especie de «país satélite» como ha dicho algún autor de la corte de Madrid.

Su corte se constituyó más que nada por españoles cuyos descendientes, en mayoría, pueden encontrarse hoy aún en el territorio parmesano. Luisa Isabel de Francia dio a su marido tres hijos: Isabel que se casaría con el heredero de Austria; Fernando que sucedería a su padre y María Luisa que pasó a España y contrajo nupcias con su primo hermano el entonces Príncipe de Asturias y luego Carlos IV de España.

Luisa Isabel que en realidad parecía ella la farnèse por su grosura desmesurada, sintiéndose francesa y atraída por el esplendor de la corte de Francia, acudía con mucha frecuencia a la capital del Sena donde se consolaba de la que ella consideraba mísera suerte en brazos de un por lo visto, fornido abate de Bernis. Precisamente en una de estas escapadas le sorprendió la muerte en diciembre de 1759 a causa de la viruela. Don Felipe seguía siendo un Infante español.

En Parma se recuerdan los años de soberanía del Duque Felipe I, Infante de España, como los años dorados de la historia del ducado y la memoria de este Príncipe es alabada como la de un monarca iluminado y discreto. En realidad no era obra de él ese renacer artístico y urbano. Era obra del ministro Du Tiyot al que mantenían junto al Infante tanto Carlos III de España como Luis XV de Francia. El Infante Don Felipe podía con esto dedicarse a su afición predilecta de la cacería y dejaba en manos de este excepcional gobernante todos los asuntos públicos de su ducado.

Seis años después del fallecimiento de la Duquesa-Infanta Luisa Isabel, un ataque de viruela se llevó de la vida terrenal a su marido el Duque Felipe, cuando se encontraba de cacería en Alessandría a la cual había acudido para despedir a su hija María Luisa que Carlos III había elegido para casar con el Príncipe de Asturias y convertirse, en su día, en Reina de España.



X. EL BONDADOSO DUQUE INFANTE DON FERNANDO,
DAVID QUE VENCIÓ SIN NECESIDAD DE ONDA NI PIEDRA,
AL GOLIAT NAPOLEÓN

Al Infante Don Felipe le sucedió el bondadoso Infante Don Fernando, como Duque de Parma, Plasencia y Guastala.

Don Fernando desde niño fue muy religioso y dado a rezos y devociones. Tanto es así, que era muy pequeño y cogía cualquier tapete o manta y se la echaba encima simulando que fuera una casulla, para celebrar, a lo que a sus pocos años podía remedaba, una santa misa.

Pues bien, esta manera de ser que le llevaba a mostrarse siempre bondadoso y amante de sus súbditos, le hizo, cuando heredó el ducado soberano, adoptar la costumbre de pasear, sin escolta ni protección, por su capital y saludar así, ser saludado respetuosamente por todos los parmesanos.

Tuvo la mala suerte de tocarle vivir los años de orgullosa prepotencia del General Bonaparte. Y éste por razones de táctica militar, se propuso incluir a la órbita de Francia los tres ducados de que era titular el Infante Don Fernando. Parece ser que la posición de Parma era muy estratégica entre las ciudades de Milán y Florencia, lo que determinaba que fuera un bocado apetecible para el insaciable «*petit caporal*».

Se valió Bonaparte de su influencia y predominio sobre los Reyes de España, ella hermana del Duque y él, consecuentemente cuñado o hermano político del mismo, María Luisa de Parma y Carlos IV de España para que intervinieran en el tema y convencieran a Don Fernando de la conveniencia de ceder esos ducados ya que él saldría ganancioso pues Napoleón había tomado la decisión de canjear a éstos por la Toscana a la que iba a elevar, como así lo hizo, al rango de reino, al que titularía Reino de Etruria.

Y Don Fernando que era muy amante de la tierra en que había nacido y de los súbditos que allí tenía, se negó en rotundo al trueque. Su hermana la malévola María Luisa le escribió cartas amenazantes y tachándolo de desagradecido cuando



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

ella y su marido decía la Reina, que tanto estaban haciendo por su hermano Don Fernando.

El Infante-Duque declaró, ya, con toda solemnidad que no cambiaría sus ducados por ninguna otra tierra, puesto que su decisión era que en la que había nacido, moriría y que por tanto nadie lograría moverlo de allí.

Es admirable esta firme decisión, que le ponía frente por frente al entonces árbitro de Europa, contra el que nadie se oponía a nada, y sin embargo, él dulce y bondadoso Infante, él soberano de un minúsculo, casi insignificante estado, se mantuvo firme contra la voluntad hasta entonces indiscutida del ambicioso corso y fue éste el que tuvo que inclinarse ante la firme decisión de Don Fernando, y llegar a un tratado con España para que fuera el hijo de éste el que reinara en Etruria y dejar mientras tanto en su pacífico disfrute del ducado soberano al Infante Don Fernando mientras viviera, para que continuara en su bella y riente tierra, como así hizo.

Sin embargo siguiendo sus costumbres religiosas, una mañana salió de su palacio el Infante y fue a cumplir con sus hábitos religiosos en la Abadía de Fontevivo, muy próxima a Parma, quedándose después a desayunar allí.

En aquella época era el chocolate el principal acompañante de las comidas menores del día. Ingirió el Infante-Duque su jícara e inmediatamente se sintió muy malo y dándose cuenta de lo que había ocurrido exclamó: «*¡Me l'han fatta!*». Falleció inmediatamente, entre terribles dolores.

Tan firme era la piedad y religión del fallecido Duque que, a los once años, ya sentía vivísimos deseos de ser fraile y pedía a Dios que le sugiriera un medio eficaz de conseguirlo, según narra el autor Juan Balansó en su interesante obra «La familia rival».

Recojo también de dicho autor: «*el padre Paciaudi, director de la biblioteca palatina ofreció... poco después de su entronización un retrato optimista... está lleno de humanidad, no quiere más que el bien de su pueblo, no tiene vanidad ni orgullo; será sin duda, la felicidad de sus estados*».



Este Duque soberano de Parma, Don Fernando, no heredó la afición de sus mayores en cuanto a la caza. El primer Duque Borbón parmesano había inundado el ducado de ciervos y corzos, a todos los cuales mandó exterminar el Infante Don Fernando por la grave lesión que causaban en las tierras y en los sembrados.

Para mí, el que más simpático me resulta de todos los Duques soberanos de Parma, es este bonísimo Infante Don Fernando que carecía no de dignidad que demostró tenerla pero sí de soberbia y detestable orgullo. Residencias preferidas de los Duques —Don Fernando había casado con la archiduquesa María Amalia de Austria, hermana de la desdichada Reina de Francia María Antonieta— donde vivían preferentemente, fueron el palacio de Colorno, al oeste de la ciudad, junto al río Po o en la palaciega de Sala sita en un paraje encantador al este, justo en las estribaciones de los Apeninos de Parma.

Era la Duquesa María Amalia muy amiga de los canes, se retiraba a veces al palacio de Sala para allí gozar con tranquilidad del encanto de aquel edén.

La Duquesa-Infanta, mujer independiente y de fuerte carácter, no admitió, ni siquiera de su madre, la soberana de Austria, célebre y muy querida de los vieneses que la llamaban Maresi, que le diera consejos y advertencias.

Sin embargo ella fue una Duquesa muy popular entre los súbditos del ducado de su marido que a su paso cantaban canciones en las que la ensalzaban.

Se daban curiosas coincidencias entre el Duque Fernando y Luis XVI de Francia, primos muy próximos, coincidencias que no se limitaban al físico, que eran muy notables, sino que además el Duque Fernando rezaba con asiduidad el oficio divino y ejercita al igual que el Rey su pariente, un oficio artesanal. Sea como sea el Duque soberano Fernando logró morir en el amado suelo de su Parma natal y Napoleón tuvo que esperar a ese luctuoso acontecimiento para imponer su voluntad.

Lo cierto es que David, una vez más había vencido a Goliat.



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

Lo que parece más probable es que algún sicario del Bonaparte, cumpliendo instrucciones de su señor, propinara la dosis letal en el chocolate matinal del soberano. Quizás si hoy se analizaran los restos del Duque en Santa María de la Stecatta, pudiera dictaminarse sin temor a error, si efectivamente falleció envenenado.

De cualquier modo y sea como sea, el bonachón Infante, cumplió su propósito de que «*en Parma nació y aquí moriré*».

Su esposa falleció dos años después en Praga, una de las dos grandes ciudades imperiales —la otra es Viena— y su hijo Luis había pasado, aceptando lo que su padre rechazara a ceñir la corona del efímero reino de Etruria, creación artificiosa de Napoleón, viviendo aún su buen padre, que incluso le mandó obsequios por su acceso a la corona real.

X. EL INFANTE DON LUIS, REY DE ETRURIA

El hijo y heredero del Duque Don Fernando había nacido en el palacio ducal de Colorno en 1773 escogiéndose para él los más encumbrados y famosos maestros tanto locales como extranjeros. Lo que se comenta sobre su carácter y forma de ser es muy elogioso: sus intenciones rectas, sus costumbres puras y en lo físico de lo que se ufanaba mucho, tanto que movió a Don Fernando por conseguir de su primo el Rey de España Carlos IV, para que le concediese a su hijo la mano de una de las Infantas de España de las que Carlos IV, al menos presuntamente, era el padre. Disponibles quedaban dos Infantas de la coyunda matrimonial de Carlos IV, la Infanta Amalia y la Infanta María Luisa. Fue esta última a la que escogió Don Luis que había acudido a Madrid y que era muy juvenil en aquellas fechas pues contaba sólo con trece años.

Constituyeron el Infante Don Luis y su prima la Infanta María Luisa una afortunada pareja y pasaron a ser los Reyes de la recién inventada monarquía de Etruria que no era sino la antigua Toscana. Pero nadie da «duros a real» y Napoleón que les había concedido ese artificial y efímero reino, obtuvo de



Carlos IV y de su favorito Manuel Godoy, a cambio, nada menos que de toda la inmensidad de La Luisiana americana.

Todo esto dio origen al Tratado de Aranjuez que se firmó el 21 de marzo de 1801 donde en suma, se resaltaba la falta de firmeza del Infante parmesano, al tiempo ya establecido en Toscana o Etruria pues literalmente en el Tratado se expresaba que *«como la nueva Casa que se establece en Toscana es de la familia de España, estos estados serán siempre propiedad de España e irá allí a reinar un Infante de la familia cuando falte la sucesión del Rey que allí se establece o la de sus hijos si los hay. En defecto de ellos, deberán suceder en tales estados príncipes de la Casa de España»*.

Este argumento que se utilizó sin dudarlo en aquella época de que la familia ducal de Parma era española han debido tenerlo muy presente los que en nuestros tiempos han querido denegar la índole española de los actuales príncipes Borbón Parma.

Todo esto fue concertado por Godoy, con la anuencia servil hacia Bonaparte de Carlos IV y de su esposa, hermana del Duque Fernando, sin haberle dado cuenta a éste, y disponiendo así del patrimonio ajeno, y ello provocó una reacción en el Duque soberano de Parma, Don Fernando, que, como ya hemos dicho, era persona con firmeza de carácter. Poco después de la firma de ese Tratado, desde el palacio de Colorno hizo pública una declaración en la que literalmente expresaba: *«Fernando de Borbón, Duque de Parma, Plasencia y Guastala, habiendo sido despojado gratuitamente y por la fuerza de sus Estados hereditarios, se cree en la obligación de declarar que ahora se intenta hacer creer al público que Su Alteza haya cedido la Toscana a su hijo y heredero Don Luis y haya renunciado previamente de libre voluntad, a sus Ducados de Parma pero él protesta, declara y asegura en presencia de aquel Dios que castiga a los mentirosos y frente a la Europa y el mundo todo, que no ha cedido la Toscana a su hijo. ¿Cómo iba a ceder aquello que nunca ha aceptado?. Declara, a mayor abundamiento, que no ha renunciado, no renuncia y no renunciará jamás a sus Estados actuales, de los cuales es soberano»*.



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

¡Gallarda, valiente y bien puntualizada la nota del Infante Duque Don Fernando!

De tal forma impresionó a Napoleón la declaración transcrita del soberano de Parma que reconociendo el valor de éste ordenó a sus tropas que respetaran a Don Fernando y que mientras viviera continuaran considerándolo como tal Duque soberano de Parma. Era el precio de admiración y, tal vez, de envidia, del tirano «*petit caporal*», que le rendía a quien le había vencido sin coger un arma entre sus manos.

Pues bien, antes de la muerte de su padre, ya tenemos al Infante Don Luis elevado al improvisado trono real de Etruria —esto es, Toscana— en la que se le proclamaba como Rey Luis I el día 28 de julio de 1801. Muy breve fue su reinado, pues dos años después fallecía.

No fue recibido con entusiasmo en Toscana su nuevo y fugaz Rey pues veían en él un Infante español impuesto por las bayonetas de Napoleón. El flamante Rey Luis moría el 27 de mayo de 1803 e inmediatamente a ello fue proclamado Rey su único hijo varón de tres años y medio con el nombre de Carlos Luis I y designada regente su madre la viuda del anterior Rey. Napoleón, sin pensárselo dos veces convirtió a su hermana Elisa, en soberana de Toscana quedando disuelto el reino de Etruria lo que hizo que la regente y su hijo marcharan a España a buscar allí su protección.

Partieron, por lo que ahora explicaremos, como comitiva fúnebre de Florencia, entre la indiferencia general con los despojos mortales de Luis I encaminando sus pasos hacia el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Ciertamente y con razón Don Luis I de Etruria no fue enterrado en el panteón real escurialense pues éste sólo puede recibir en su seno a los Reyes de España y a las Reinas que hayan tenido sucesión. Se le inhumó en el panteón de Infantes donde permanece. El Rey Luis I había tenido rasgos muy parecidos a los de su padre, pues fue bondadoso con su pueblo, suyo por tan poco tiempo, y socorrió a todos los que tuvo a su alcance y que estaban necesitados. Procuró ser hombre justo y al menos nosotros, españoles le miramos con simpatía.



XI. EL INFANTE DON CARLOS LUIS TITULAR, SUCESIVAMENTE,
DE TRES CORONAS SOBERANAS

Está en la campiña de Toscana. Ha conservado su belleza con soberbios palacios suntuosamente decorados, magníficos jardines, admirables iglesias que cada una de ellas puede parecer un «duomo», y además, el auténtico «duomo» de la ciudad, catedral de la diócesis. Esta es Lucca. La ciudad que constituía un ducado de 150.000 habitantes de los que 25.000 vivían en la capital y el resto en el territorio adyacente. Allí por designio napoleónico había ido a reinar la Reina viuda de Etruria e Infanta de España rebajada de categoría del título real al de Duquesa soberana. Lo único que se le respetó por persistente deseo español y del congreso de Viena fue el tratamiento de Majestad que es propio de los monarcas reales.

Mil vicisitudes pasaron la Reina viuda de Etruria y su pequeño hijo, pues en su marcha a Madrid, coincidieron en ésta con los días penosos de ebullición política máxima, y los tristes sucesos del 2 de mayo y de la abdicación de sus padres y hermano Fernando VII a favor de Napoleón Bonaparte.

Otros vientos algo más favorables vinieron para ella cuando cayó Napoleón y se celebraron las sesiones del congreso de Viena. Los plenipotenciarios españoles, a cuyo frente estaba el Marqués de Labrador, lucharon aunque sin acierto ni éxito, pero sí denodadamente, para que se devolvieran a sus legítimos titulares, en este caso, el hijo de la que había sido Reina de Etruria, Don Carlos Luis, sus posesiones soberanas, concretamente los ducados de Parma, Plasencia y Guastala.

En la bien documentada obra de Don Juan Manuel Agrela y Pardo, Conde de la Granja, «*El reino de Etruria*», subtitulada (algunas cartas inéditas de Labrador, Luciano Bonaparte y O'Farrill a Godoy) este autor emite un juicio de lo más favorable para ambos miembros del matrimonio que habían constituido los primeros reyes de Etruria.

En relación a Luis I dice el Conde de la Granja en esta obra (páginas 28 y 29) que «*hacer un juicio de este soberano, que murió a los treinta años y dos escasos de reinado es tarea difícil*



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

por las extrañas circunstancias que concurrieron durante su gobierno, absolutamente mediatizado por la absorbente voluntad de Bonaparte, y el escaso tiempo que tuvo de dar a conocer sus actividades y condiciones; sin embargo si nos remitimos a la opinión de sus contemporáneos, diremos... que "Luis I fue un carácter que se hacía querer de sus súbditos y a quienes deseaba oír, siendo establecida una excelente costumbre durante su corto reinado, que consistió en la prodigalidad con que concedía las audiencias, deseoso de enterarse por sí mismo de los asuntos del reino sin intermediarios que adulteraran o falsearan la realidad"».

Su modelo fue el Duque Leopoldo de Habsburgo que con certera visión sabia mantuvo la Toscana en situación nunca superada desde entonces; y lo poco que sí le fue permitido dejar como recuerdo de su corto gobierno fueron sus innumerables obras de beneficencia, que hicieron bendecir su nombre a todo un pueblo.

Por su valor simplemente anecdótico la todavía Reina regente de Etruria por su pequeño hijo, y acompañada de éste, cuando supo que el Santo Padre Pío VII iba a pasar por Florencia para dirigirse a la coronación del insaciable usurpador del trono de los Reyes cristianísimos, aparte de que fue noticia gratísima para la Reina María Luisa, se dispuso a marchar a recibirle cuando pasó por la capital de Toscana. Llegó el Pontífice acompañado de un digno séquito de cardenales, obispos, Príncipes romanos y oficiales de la guardia noble. Salió, según nos cuenta el Conde de la Granja, María Luisa, a la Villa Orlandini y allí, postrada de rodillas, impetró del Papa la bendición del Sumo Pontífice, todo cual correspondía a la sincera y ferviente catolicidad de ella. Se unió desde allí a la comitiva para entrar en Florencia entre música y vítores y desde la terraza del palacio Pitti, Pío VII bendijo al pueblo, congregado en la gran plaza.

Al día siguiente administró Su Santidad el Sacramento de la confirmación al joven Rey, siguiendo después su viaje a la capital de Francia.



XII. LA CRUZ DE LA REINA VIUDA

Fue el 3 de febrero de 1808 cuando llegó a Barcelona la ex-Reina de Etruria, tan injusta como duramente tratada por el felón Bonaparte.

La estancia en la ciudad condal debió traer recuerdos muy lacerantes a la joven Reina viuda porque cinco años antes, su estancia allí no permitía presagiar la situación a que había de desembocar.

El 19 estaba en la capital y, tras dejar en El Escorial el cuerpo del Rey su marido, que ella había puesto todo su interés en que descansase en tierra española, se trasladó a Aranjuez, en los días que precedieron al motín de este nombre.

No es cuestión de ponernos a narrar minuciosamente cuanto hubo de pasar la Reina de Etruria en el calvario que la llevó hasta Bayona donde intentó sin éxito obtener audiencia de Napoleón, insistiendo ella y actuando con más energía y valor que la conducta que habían seguido sus padres y su hermano. Exigió se le reintegrara a su hijo en el Reino de Etruria que legítimamente le correspondía puesto que no había sido un regalo de Bonaparte sino que se había obtenido a cambio de los territorios de la Luisiana española. El pretendido Emperador de los franceses llegó en su perfidia a ofrecerle a María Luisa una renta asegurándole que esto le haría vivir sin las preocupaciones del reino. La Reina regente, con firmeza absoluta no hizo que tuvieran que esperar su respuesta. Contestó a la insolencia del corso *«que ni ella ni el trono de su hijo menor estaban en venta y que jamás renunciaría a sus derechos, siendo sólo la coacción y la fuerza las que desposeían de su trono a su hijo Carlos Luis, que era y sería siempre el verdadero y legítimo soberano de Etruria»*.

La Reina, se unió a la comitiva de sus padres cuando Napoleón dispuso que se marcharan ya de Bayona a su destino y en Compiègne y allí se puede decir, sin ambages, que estuvo recluida como prisionera ya que no se le permitía ni salir a esparcirse en los jardines del castillo.

Pero ella, con su tenacidad característica, de la que habían carecido sus padres y hermanos, interesó en su noble causa a



JOSE LUIS GÓMEZ DE LA TORRE

uno de los ministros bonapartistas, el Duque de Cadore que se convirtió en el valedor de la viuda real, consiguiendo el permiso de Bonaparte para que María Luisa al fin pudiera descansar tranquila en el palacio de Colorno en la capital del antiguo Ducado de Parma. Pensó en marchar inmediatamente pero una enfermedad de su hijo se lo impidió.

Temía sin embargo, que Napoleón viniese atrás de su acuerdo y se decidió a marchar sólo con su pequeña hija la Infanta Carlota Luisa.

Algo tranquilizó a la Reina una carta del mismo Bonaparte ratificándole sus buenos deseos aunque ella no acababa de fiarse del todo del perverso Bonaparte. Tenía razón, pues en Lion hasta donde habían llegado sin contratiempos, le esperaba una desagradable noticia. Le transmitieron una orden del tirano mientras el edificio en que estaba alojada se encontraba rodeado por el prefecto y sus miembros del cuerpo de policía en la que le ordenaba que marchara aquella misma noche para Niza.

Napoleón había llegado ya hasta a apoderarse de los Estados Pontificios y originar con ello que recayese sobre él la Bula de excomuniación papal.

Allí la Infanta de España y ex-Reina de Etruria vivió nuevamente prisionera. Sólo tuvo una obsesión. Huir. No voy a contar todas las peripecias que se tramaron a su favor para conseguir su afán de salir de las garras del corso y llegar a España que, aunque en guerra y casi ocupada totalmente por las tropas bonapartistas, sin embargo, en la zona de Cádiz y otras ciudades del Sur de España había todavía algunas reservas leales a la Patria y al Rey de las que no se había podido apoderar Napoleón.

Todo se le iba frustrando a la desgraciada Princesa pues hasta aquellos personajes que tan fieles le habían sido y que tanto colaboraban para conseguir la evasión de ella, por una imprudencia cayó una carta muy comprometedoras en que se narraba la trama tal como se había urdido, para ponerse a salvo, y esto hizo que con su ferocidad acostumbrada, Napoleón ejecutara inmediatamente a los colaboradores de la que había

(Continuará)